

desocupar espacio para que las andas del Santísimo Sacramento entrasen debajo de uno de los arcos que dijimos estaban hechos; y así, después de larga porfia, fué forzoso se quedase el señor Virrey con la Real Audiencia fuera del arco al sol. Pero sosegada ya la gente comenzó el triunfo de la juventud á hacer su oferta que fué breve; y así éste, como los demás, acababan con una aclamación tan devota como gustosa. Porque el glorioso Padre, reconociendo haber alcanzado aquellos triunfos de la poderosa mano de su *Jesús*, á las voces que las virtudes daban diciendo: *¡Viva Ignacio, viva, viva!* Él con ojos llorosos y voz muy regalada respondía: *¡Viva mi Jesús, mi Jesús viva!* Acabada esta exclamación, á un punto disparó la infantería vizcaína sus mosquetes, las Casas reales sus tiros gruesos; y tantas cámaras, bombas y morteretes, que la plaza quedó atronada y parecía hundirse la ciudad. Y porque por la forma y aderezo de este tablado se saque la de los otros cuatro, y que quede dicho todo de una vez. Es de advertir, que tenía ocho varas en cuadro y dos de alto, porque mejor se gozase: demás de esto, sobre el plano del mismo tablado se levantaban tres gradas que iban subiendo en forma piramidal cubiertas de seda, en la punta más alta de ellas estaba sentado nuestro bienaventurado Padre, y á los dos lados, un poco más bajos, los Beatos Estanislao y Gonzaga; que, como se dijo arriba, eran dos aurigas de este primer triunfo; y así estaban repartidos los que lo fueron en las demás. En las otras dos gradas estaban los demás personajes, y en el plano del tablado de las mismas gradas los músicos de voces y varios instrumentos. Y como estaba alto, y eminente del suelo, gozábale muy bien toda la gente. A los lados y espaldas, en las colgaduras y goteras que caían del cielo que le cubría, estaban fijos veinticuatro papeles grandes. Los cuatro de á doce pliegos de marca mayor, doce de á ocho y los otros de cuatro, pintados y adornados con variedad de geroglíficos y de poesías españolas y latinas que celebraban la gloria de aquellos triunfos, con admirable ingenio, letra y curiosidad en la pintura; que así estos, como los demás papeles que se pusieron en los tablados é iglesia, costaron de pintar al pie de 800 ducados; con esta majestad y acompañamiento fué caminando la procesión con el mayor concurso de gente, invenciones de fuegos y artificios de varias cosas que jamás en México se había visto.

Llegó al segundo tablado en que se representó el triunfo de las ciencias, que aunque breve por no alargar esta relación no se pone aquí, como ni tampoco los demás. En la esquina de la calle de San Agustín, donde estaba un arco muy hermoso, salieron doce Padres de aquel Convento los más graves que en él había, á recibir la procesión revestidos con capas de finísimos brocados y con relicarios muy hermosos en las manos; venía delante de ellos la cruz de su iglesia á la que precedían cuatro acólitos, con cuatro incensarios dorados en las manos y haciendo todos una profundísima reverencia al Santísimo Sacramento ayudados de la capilla, comenzaron á caminar cantando un *Te Deum laudamus*, respondían de los altos del arco y de todas las azoteas de aquella calle, y de todos los demás arcos que hubo, y azoteas de las casas por donde pasó la procesión, tantos ternos de ministriles y trompetas, que fué una de las cosas más admirables que hubo en esta procesión, porque habían venido todos los lugares de indios, diez leguas al rededor de México (que son muchos) y los Padres agustinos los habían traído desde

más lejos; y fueron tantos, que se entiende sin encarecimiento que no se pudieran juntar más en toda España. Con toda esta armonía y majestad fué la procesión hasta llegar á la puerta de San Agustín, donde en un tablado de veinticuatro pies de cuadro bien alfombrado y lleno de juncia, tenían los Padres de aquella Santa casa armado un Tabernáculo grande muy hermoso, debajo del cual, sobre otro tablado que estaba armado sobre aqueste á que subían por siete gradas, estaba de la una parte á la mano derecha la fe en forma de una honestísima matrona coronada con la tiara de la Iglesia: de la otra, á la izquierda, el gran Padre San Agustín, Doctor de ella, vestido de un Pontifical blanco muy rico con su báculo en la mano; en medio de los cuales estaba nuestro bienaventurado Padre á quien la fe y el glorioso San Agustín coronaban con una admirable corona: estaba colgado el frontispicio de la iglesia de una colgadura uniforme de sedas de varios colores, en que con maravilloso artificio tejen los chinos variedad de volatería muy al propio: al lado izquierdo de este altar estaba un castillo muy bien trazado, sobre el cual parecieron el glorioso San Nicolás de Tolentino y nuestro Santo Padre dándose amorosos abrazos de cuando en cuando, que hacían derramar muchas lágrimas á los circunstantes.

Aquí, con admirable aplauso, se representó el tercer triunfo que fué de la fe contra la heregía, que á este propósito estaban la fe y el glorioso Padre San Agustín como tan gran martillo de los herejes, coronando al Santo Padre Ignacio que tanto la defiende por medio de la religión que fundó. Hecha aquí la ordinaria aclamación, se abrasó un muy hermoso castillo que estaba en la torre más alta de la iglesia, y disparó grande muchedumbre de cohetes. Y no nos detenemos á referir la variedad de papeles y pinturas que los Padres de San Agustín aquí tenían puestas, las letras ingeniosas y enigmas que sacaron á propósito: ni la invención ni arquitectura de un arco que estaba pintado, por debajo del cual pasó la procesión, acompañándola los mismos Padres revestidos, con todo el convento y la cofradía del Nombre de Jesús que está fundada en su iglesia, que con gran número de luces salió acompañando al Santísimo Sacramento, que en todo quisieron los Padres de San Agustín esmerarse en estas fiestas haciéndonos favor y merced en este día y solemnidad. Llegóse al fin al tablado del cuarto triunfo y después al quinto, donde al modo referido se hizo el ofrecimiento de los demás triunfos.

§ IV.

*Salen en procesión nuestros religiosos
de la Casa Profesa llevando en andas á nuestro Padre San Ignacio,
que sale á recibir al Santísimo Sacramento,
y ofrece á Cristo Sacramentado la nueva iglesia
que se dedica en esta ocasión.*

Acabada la aclamación del último triunfo que fué de la pública utilidad, comenzó á salir de nuestra Iglesia nuestro Bienaventurado Padre San Ignacio en hombros de ocho Padres de nuestra Compañía á

recibir el divino huésped que venía á honrarle su casa y templo que se acababa de edificar. Veníale haciendo guardia y abriendo campo la Compañía Vizcaina con tanto gusto y afecto de su Santo Vizcaino, que no cabían de placer; hubo mucho que ver y gozar en esta salva, porque no hubo soldado de ella que no fuese vestido de tela ó brocado ó por lo menos de gamuzas flamencas riquísimamente bordadas, ricas bandas y vistosas plumas y todos con diferentes vestidos; y era cosa maravillosa de ver que apenas daban paso que no volviesen el rostro y la vista á ver á su Santo, á quien cercaban ciento ochenta hombres muy bien aderezados de la Congregación del Salvador, con otras tantas hachas de cera blanca en las manos, y aunque con mucho trabajo (por la mucha gente que aquí concurrió á ver este encuentro), en fin, se puso á vista del Santísimo Sacramento. Venía el glorioso Padre con aquel riquísimo vestido que tanto remedaba al de la gloria, sembrado de finas piedras y diamantes, en los cuales hería y se reverberaba el Sol, causando tales visos, que parecía que en ellos centelleaban estrellas; en llegando el Santo á ponerse en buena distancia del Santísimo Sacramento, le hizo una grandísima reverencia, y andando un poco más la segunda, hasta que llegando á encontrarse se inclinó hasta el suelo, y á la tercera, disparando á este punto su mosquetería la Compañía Vizcaina y aclamando la gente ¡viva San Ignacio! aquí fué el concurso mayor que nunca, porque se juntó de una parte la gente que con el Santo venía, y de otra la que venía en la procesión, encontrándose con tanta fuerza que se temió alguna notable desgracia: á la manera que encontrándose dos ríos iguales que bajan de dos contrarias sierras, ninguno es poderoso para que vuelva atrás ó venza la corriente del otro, hasta que hallan por donde romper; á ese modo, fué tanta la fuerza de la gente que venía con el Santo y de aquellos que venían con el Santísimo Sacramento, que como olas unas veces volvían atrás, otras caminaban adelante, y en este ir y revolver se pasó un cuarto de hora, al cabo del cual se hallaban todos en el mismo puesto, sin haber ganado ni perdido palmo de tierra; hasta tanto que rompiendo un golpe de gente por la calle de San Francisco, otros se encerraban en las casas, temerosos con la apretura que dar ahogados. Fué tan grande este concurso, que muchas personas graves que se habían hallado en las mayores cortes de Europa y en procesiones muy solemnes, afirmaron no haber visto concurso semejante al que aquí se vió.

Volviendo pues al Santo, iba delante del Santísimo Sacramento, y llegando á la lonja de nuestra Iglesia, bajó de lo alto de la torre un Jesús, por una cuerda, que pegando fuego á un disforme gigante (figura de la herejía), que tenía revuelta al cuerpo una sierpe, así ella como él dispararon muchos cohetes voladores y buscapiés, que hicieron tan poco espacio, como habían hecho antes los alguaciles y alabardas del Virrey. Estaba esta lonja colgada de ricas colgaduras de terciopelos y damascos, y fijos en los paños muchos geroglíficos de excelentes pinturas y muy ingeniosas letras, que declaraban, cómo dejando la vieja, como venta de tejamaniles, de que estaba cubierta la Iglesia vieja, se aposentaba ya el Señor en la nueva casa que nuestro Santo Padre, y sus hijos en su nombre, conforme á su pobreza le tenía prevenida y preparada.

Dos horas y media gastó la procesión en venir de la Iglesia mayor

por la calle de San Agustín y llegar á la Casa Profesa, y tardó todo este tiempo, no tanto en oír los triunfos que fueron breves como se ha dicho, como en vencer la dificultad que la gente amontonada causaba; y cuando llegó al nuevo templo, así se halló lleno de gente, que había madrugado á coger buen lugar, como si ninguna quedara en las calles de la ciudad. Sosegada, pues, y acomodada, y puesto el Santísimo Sacramento y el glorioso Santo en su lugar, comenzaron á hablar las virtudes que estaban puestas en tres tablados pequeños pero eminentes y bien aderezados en los pilares de la Iglesia, de modo que todos los pudiesen gozar. Estas eran la Caridad, en traje de viñadera, y en traje de labradora la Fe; la Esperanza, en traje de hortelana, por las flores; la Fertilidad de la Iglesia, en traje de frutera, por las frutas que le causan estas virtudes; la Obediencia, en traje de pescadora en las obediencias del mar: la Paz del alma, en traje de cazadora, adquirida por la destreza en el arco; á la Caridad, acompañaba José con sus espigas; á la Esperanza, Isaac, que fué la esperanza de sus Padres; á la Fertilidad, Abraham, como padre de muchas gentes; á la Obediencia pescadora, Tobías con su pez; á la Paz, Jacob, pues la alcanzó del Amoreo con su arco. Todos tenían sobre bufetes de plata sus empresas, como el racimo, las espigas, el cabritico de plata, etc., haciendo todas sus ofrendas al Señor, que en su templo había entrado y tomado la posesión de él. Ofreció la Viñadera á su Divina Majestad, en nombre de nuestro Santo Padre, el nuevo lugar para el racimo místico en que sus hijos, tan buenos lagareros habían sido y lo esperaban ser. La Fe, el nuevo granero y era para el grano donde sus hijos le trillan, limpian y encierran, con tan copiosas cosechas como le suelen ofrecer. La Hortelana, su nuevo jardín para su flor del campo, donde sus hijos tienen tan varias eras de floridos deseos. La Fertilidad, la nueva heredad para el fruto deseado del mundo, donde sus hijos tan agradables frutales plantan y cultivan. La Pescadora, el nuevo y abundoso mar donde sus hijos tan ricas pescas han hecho con prósperos y milagrosos lances. La Cazadora, su nuevo monte y aire descubierto para volatería y montería, donde reside el cervatillo deseado de la esposa y el ave real prometida de los Profetas; aire y monte donde sus hijos tanto ejercitan la generosidad de caza con felices sucesos. Todo esto estaba acompañado con variedad de músicas, que hizo la acción más apacible, y apenas llegó á media hora.

§ V.

Escríbese la solemnidad

con que por los ocho días de la Octava se celebró la dedicación de la Iglesia de la Casa Profesa.

Todo este aparato de triunfos y virtudes así dispuestos, se celebraron por todos los ocho días de la Octava; las virtudes y Patriarcas á las mañanas, prosiguiendo cada día en breve rato este mismo discurso, y á la tarde se hallaron los cinco triunfos, representando por espacio de hora y media, y desenvolviendo más á la larga lo que con brevedad habían hecho y representado en la procesión. Respondía la

capilla de la música á sus tiempos, á lo que los personajes decían con excelentes villancicos y letras, cosa que admiraba y suspendía mucho y causaba notable devoción. Estaban puestos con hermosa correspondencia por los pilares de la Iglesia muchos y muy ingeniosos geroglíficos en pintura, y poesía en tarjetas escogidos, aludiendo á lo que los triunfos decían, que todo causaba grande adorno y hermosura. Acabando, pues, las virtudes y Patriarcas, lo que el día primero dijeron, se comenzó la Misa que cantó el Padre Visitador con Diácono y Subdiácono que fueron dos Padres Rectores de dos Colegios, y asistiendo otros Padres con sobrepellices. Predicó el Ilmo. Sr. D. Fr. García Guerra, Arzobispo de esta ciudad, de la Orden de Santo Domingo, que quiso hacernos esta grande honra. Fué el sermón muy grave, diciendo Su Señoría Ilustrísima muchas alabanzas del Santo, que mostraban bien, junto con el afecto, la estima que tenía de su santidad. Asistieron á la Misa el Virrey y la Real Audiencia, el Cabildo eclesiástico y secular con todas las Religiones, y D. Juan de Villela, Presidente de la Audiencia Real de la Nueva Galicia y Visitador de la de México, que había venido en la procesión, que como tan gran caballero de la nación vizcaina, quiso, así en esto como en las luminarias de las noches y en todas las demás ocasiones de esta fiesta, mostrar la devoción que tenía al Santo y á su Religión. Acabados los oficios divinos, al pasar S. E. el señor Virrey y la Real Audiencia, las serranas dichas les iban dando las gracias por la merced recibida aquel día, no olvidándose de la gratitud tan debida á nuestros fundadores. Este día comieron en casa el señor Arzobispo y su Cabildo, los Superiores de todas las Religiones con buen número de sus Religiosos y algunos caballeros; hubo en el refectorio una elegante oración en alabanza del Santo, que recitó un Padre de los nuestros.

No se cantaron Vísperas esta tarde, por haber salido muy tarde á la mañana, pero estuvo la Iglesia llena de gente que venía á reverenciar al Santísimo, y á ver las riquezas de la Iglesia y curiosidad de los altares. Y aunque no era entonces día de fiesta ni de obligación de oír Misa que hoy ya lo es. con todo, no hubo en la ciudad, con ser tan grande, tienda abierta ni hombre que trabajase, antes muy de mañana andaban buscando Misas que oír por las Iglesias y Monasterios, y apenas la hallaban, porque así los Clérigos como los Religiosos habían madrugado á decirla desde las tres de la madrugada por poder mejor gozar de fiesta tan solemne. Esta noche se repitieron las luminarias con la misma grandeza que la noche pasada. No le es posible á esta relación decir en breve lo mucho que en estos ocho días se hizo y celebró en nuestra Iglesia, porque cada uno de estos bastaba para hacer muy grande esta fiesta, y así, en suma sólo se dice que en todos ellos hubo Misa cantada con la solemnidad que el primer día: villancicos, sermones, varias danzas de chinos muy ingeniosos y de niños indios, muy dignas de ser vistas. Las virtudes, por las mañanas, unas veces se fingían vizcainos de la sierra, que iban en romería á la casa de nuestro santo Padre Ignacio, y caminando ya por campiñas rasas, ya por entre espesos robles, á ratos cantando y á ratos sentándose á las riberas de los ríos, en fin, llegaban á lo alto de una loma de donde se descubría la casa del Santo, y en viéndola, hincados de rodillas, la saludaban como á cuna de su nacimiento. Otras fingían ir en romería á su sepulcro, caminando la ribera de Tiber; otras veces fingían otras

tramoyas devotas muy á propósito de la fiesta y vida del Santo. Lo mismo les pasaba á los que representaban los triunfos á las tardes que con la excelencia de la poesía y variedad admirable de la música que sonaba entreverada, riqueza de adorno y gran hermosura de los niños, como unos ángeles, fué cosa que causaba admiración. El domingo, que fué segundo día de las fiestas, predicó el Padre Prior de Santo Domingo, honrando nuestro refectorio con casi todo su convento; el lunes quedó vacío por la mañana por ser día en que se ganaba el Jubileo de la Porciúncula, pero á la tarde se celebró uno de los triunfos y Vísperas solemnes por hacer otro día su fiesta los vizcainos, que fué donde echaron el resto de su devoción con el Santo, en luminarias, fuegos artificiales, vestidos más costosos y ricos, en disfraces, y grandes salvas, porque en sólo los vestidos gastaron más de ochenta mil pesos y en sólo pólvora dos mil quinientos. Predicó este día el Padre Provincial de San Francisco, guipuzcoano de nación, de cerca á la casa de nuestro gloriosísimo Padre, honrando también nuestro refectorio con casi todo el convento. Miércoles, que fué 4 de Agosto, por ser día del glorioso Padre Santo Domingo, no se cantó Misa en nuestra Iglesia ni se predicó, aunque el concurso de la gente en ella fué muy grande. Jueves, predicó el Padre maestro Fr. Diego de Contreras, Prior de San Agustín, que después murió Arzobispo consagrado de Santo Domingo y Primado de las Indias. En la Misa que cantó también este día el Padre Visitador, hicieron la profesión solemne de cuatro votos seis Padres de los nuestros, y quedáronse á comer en nuestra casa los Padres de San Agustín, como lo habían hecho los otros días las otras Religiones. Viernes, predicó el Padre Provincial de los Carmelitas Descalzos, y el sábado el Padre Provincial de la Merced. Domingo, que fué el día nueve de la fiesta, predicó el Padre Visitador nuestro, dando á todos los Estados de esta república, comenzando por el señor Virrey, las debidas gracias por la merced tan singular que en esta ocasión había recibido la Compañía. Fueron todos los sermones escogidos, celebrándose en ellos grandezas de nuestro Padre y santo Patriarca, tantas y tales, que causaron grande devoción y estima de su santidad al auditorio. Este fué todos los días grandísimo, y la noche antes del día que le cabía á cada Religión, se esmeraba cada una en llenar sus torres de luminarias y fuegos artificiales, despidiendo muchos cohetes, voladores y buscapies. A todas estas Misas, sermones y representaciones de tardes y mañanas, acudió siempre el Virrey sin faltar jamás, y algunos Señores de la Real Audiencia, y muchos Religiosos de todas Ordenes, Caballeros y pueblo sin número; de suerte que parecía que había Nuestro Señor diputado aquestos días para honrar á nuestro glorioso Padre, echando su bendición sobre estas fiestas.

Por remate de este día nono, al salir de la Misa mayor, comenzó á entrar por una de las puertas de nuestra Iglesia un mitote de la nación mexicana (es baile que usaba en su gentilidad esta grande nación); en él salieron mil trescientos indios, muchos de ellos con tilmas de tafetán y damasco, rica y hermosa plumería que ellos estiman en mucho, grandes invenciones y figuras salvajinas, danzando todos con tanto orden y tan á compás, á son de sus teponaxtlis (que es un género de tambores sonoros de madera que usa esta gente), que con ser tanto el número de ella guardaba un muy uniforme compás. Entre esta multitud de gente venían sus caciques y principales gobernadores: lle-

gaban de dos en dos, abatiendo los estandartes que cada pueblo traía, y eran más de treinta, hacían una profundísima reverencia al santo Patriarca, hasta tocar casi con las manos y frentes en el suelo y salieron sin perder el orden que habían traído por la puerta contraria de la Iglesia, y llegaron á la plaza mayor de esta ciudad, y desde ella á otra que llaman del Volador, donde desde un balcón de su Palacio los aguardaba el Virrey, y el Presidente de Guadalajara, y Visitador D. Juan de Villela, con otros algunos personajes. En llegando á esta plaza el célebre mitote, habiendo puesto en medio de ella un estandarte grande de damasco azul, en que por ser de los mexicanos estaba bordada el águila y tunal, armas de México, comenzaron en un círculo grande á danzar á su antiguo uso, cantando juntamente los más ancianos en su lengua, y algunas canciones devotas, debajo del estandarte de damasco que estaba en medio del círculo y rueda que formaba el baile. Fué ésta una de las cosas que más admiró en esta fiesta, porque con haber pretendido otros Virreyes en ocasiones de grandes fiestas juntar este mitote con esta grandeza, nunca pudieron salir con el intento. Y así, confesaban los indios viejos, que desde el tiempo del Marqués del Valle, que fué el que ganó esta tierra, no se había juntado tan numeroso y célebre gentío mexicano, ni se había visto cosa semejante. Todo fué moción de Nuestro Señor para devoción del Santo; á que mucho ayudó la eficacia y devoción con que el Virrey, por la que tenía al santo Patriarca, dispuso que así se hiciese. Este mismo día, habiendo algunos antes la ciudad publicado un cartel en que convidaba á los caballeros hijos de ella á correr una sortija en la calle de nuestra Casa Profesa; se celebró, y corrió con tanto concurso de gente, que estaba por los tablados y azoteas de la calle, que afirmaban haber concurrido en ella treinta mil personas. La hermosura de los caballos cubiertos de telas ricas, y muchos de ellos con los cascotes de los pies dorados y plateados, la riqueza de los jaeces bordados, la grandeza y costo de las invenciones, la hermosura y preciosidad de las libreas, el ingenio y agudeza de las letras, la curiosidad de los premios y el afecto y amor con que se hizo, no parece posible explicarlo. Sólo tocaremos la invención que sacaron cuatro caballeros de los más principales de esta ciudad, los cuales, habiendo sido colegiales de nuestro Colegio de San Ildefonso, sacaron un carro triunfal, armado sobre cuatro ruedas, cercado de barandillas y celosías de varios colores. En la popa de él, en una silla de terciopelo carmesí con un cojín de lo mismo á los pies, iba sentado un niño muy hermoso, que representaba al santo Patriarca Ignacio con sotana y manteo de gorgorán, sembrado de joyas de mucho valor, y sobre el bonete una diadema de oro, y en la mano derecha un Jesús del mismo metal sembrado de ricas perlas y piedras preciosas. A los cuatro pilares de este carro iban arrimados los cuatro caballeros, que queriendo mostrar la estima que tenían de haberse criado en la Compañía, y lo mucho que se honrabau de haber sido colegiales en el Seminario de ella, salieron con mantos de tafetán morado y becas azules, colores del hábito del Colegio, bonetes y cuellos bajos, que parecían colegiales seminaristas de San Ildefonso. Al emparejar este carro con los tablados de los señores Virrey y Arzobispo, el niño que representaba al Santo, ofreció una octava en que les suplía que en el mundo fuesen defensores de sus virtudes; y en acabando, al punto los cuatro colegiales rasgaron los mantos con gran pres-

teza y con gallardo donaire, empuñando las espadas que traían cubiertas, quedaron en hábito galán y de caballeros, y tomaron luego los caballos que delante llevaban ricamente aderezados, corrieron la sortija, acción que hizo más célebre este día y su regocijo.

Pareciéndoles á los morenos criollos de esta ciudad y nacidos en ella, que no habían mostrado bastantemente lo mucho que estimaban el buen oficio que con ellos hace la Compañía en doctrinarlos y ayudarlos en orden á la salvación de sus almas, y no contentándose con las invenciones y gastos que hicieron el día principal de esta fiesta, quisieron, remedando á los españoles, correr ellos también otra sortija. Para esto, publicaron su cartel, señalaron y pusieron premios, hicieron leyes y nombraron jueces. Todo con tanta propiedad, que admiró á todos su pensamiento é intento. Estos días todo era sacar libreas, inventar trazas, imaginar invenciones, con tanto afecto y conato, que algunos de sus amos, aunque los veían ocupados en tantas fiestas, pero sabida la causa, lo llevaban con mucho gusto; llegó el día que para esto señalaron, y junta gran muchedumbre de gente, corrieron su sortija con tan buenos vestidos, letras é invenciones, que los españoles se admiraron de verlos.

§ VI.

Celebra el Colegio de México

la fiesta de la beatificación de nuestro Patriarca San Ignacio.

No parece quedaban más fiestas ni tiempo en que las hacer, pues con tanto regocijo y alegría se había entretenido la ciudad por tantos días, sin que en alguno de ellos faltase acción de alegría que los hiciese muy solemnes. Pero pareciendo á nuestro Colegio principal de México y al Seminario de San Ildefonso en que hay gran número de colegiales, que no cumplían por su parte con lo que la Casa Profesa había obrado en fiesta tan solemne de su santo Patriarca, determinaron hacer sus fiestas aparte como Colegios de estudios al fin de este mes de Agosto, y á este intento, publicaron un cartel famoso con la mayor solemnidad y aparato que en México se había visto, sacóle un colegial del Seminario, hijo de uno de los principales de esta ciudad, el cual, por su devoción, ofreció dar los premios de él á su costa. Estos fueron veinticuatro piezas mayores de plata, y entre ellas algunas que valían á treinta ducados. Hízose la publicación á 12 del mes de Agosto, acompañándole casi los más estudiantes de nuestros estudios, vestidos curiosamente con cadenas de oro al cuello y en caballos muy bien aderezados; tras ellos se seguían los colegiales con manto y beca y bonete en mulas con gualdrapas, llevando los veinticuatro últimos los premios del cartel ricamente aderezados. Después de los cuales se seguían muchos Regidores y Caballeros de la ciudad con la familia del Virrey, y la mayor parte de su guardia que venía haciendo escolta al estudiante que traía el cartel levantado en medio del Corregidor de esta ciudad y de D. Fernando Altamirano, del hábito de Santiago, Capitán de la guardia y nieto del Virrey y que hoy es Conde de San-

tiago Calimaya en la Nueva España. El colegial iba en un bizarro caballo con gualdrapa y guarnición de terciopelo y delante cuatro lacayos de librea de los colores del Colegio, de azul y morado, y de lo mismo dos pajes que seguían al colegial, el cual, juntando en uno la riqueza del vestido y ornato con la gravedad del hábito, se llevaba los ojos de todos. Porque el hábito era de terciopelo morado y la beca de terciopelo azul con mangas de seda morada, y todo él tan enriquecido de joyas, que apenas se descubría el terciopelo por ir cuajado de riquísimas piedras y piezas muy preciosas; entre ellas campeaba un águila que caía sobre el pecho, en la vuelta que hacía la beca de rara hermosura y peregrina riqueza. Llevaba en la mano derecha una asta aderezada de pasta de pedrezuelas molidas, y pedacitos de conchas y madres de perlas, en cuya punta aderezada con espigas de oro y martinetes, iba pendiente la tarja del cartel en que estaba pintado con iluminaciones nuestro santo Padre, de escogida pintura y letras iluminadas; y los certámenes del cartel fueron ocho, parte de ellos en latín y parte en romance.

Acabado este paseo se colgó el cartel con los premios debajo de un dosel de terciopelo carmesi, que estaba á un lado del altar mayor de la Iglesia de nuestro Colegio, y llegando el día 28 de Agosto, á las doce comenzó el repique de campanas en nuestra Iglesia y torres del Colegio, que estaban coronadas con cien gallardetes de seda de diversos colores; cantáronse las Vísperas y hubo á la noche sus luminarias con la misma grandeza que el día principal de la Casa Profesa. Otro día se dijo Misa, á que asistieron el Virrey con la Real Audiencia, el Arzobispo con su Cabildo y todas las Religiones con los Prelados de ellas, el Corregidor con su regimiento, la Universidad con su Maestrescuela y Rector y muchos Caballeros de la ciudad. Predicó un Padre presentado de la Orden de Santo Domingo, compañero del señor Arzobispo, que hizo un escogido sermón diciendo muchas esclarecidas grandezas de nuestro Santo. El día siguiente hubo Misa y sermón, que predicó un Padre grave, lector de Teología de San Francisco, grandemente devoto de nuestro santo Patriarca y de la Compañía, como lo demostró con singularidad en su sermón. Concurrió el mismo número de gente que el primer día, y en las dos tardes de ellos se repartieron los premios, entretendidos y entretenidos con las escenas de dos graciosos diálogos que representaron doce niños con mucha gracia. Hubo admirables composiciones, que pedían muchos más y superiores premios, con haber sido tan lucidos y de estima los que se dieron; y se echó de ver no ser menos rica la Nueva España en excelentes ingenios, que lo es en metales de plata y oro.

El tercero y último día en que se celebró la dedicación de su hermoso retablo de nuestro santo Padre, predicó un Prebendado de esta santa Iglesia, Catedrático de Prima de Teología en la Real Universidad de México, que después fué Dean de esta santa Iglesia y renunció el Obispado de Chiapa en las Indias, el cual siempre se preció de muy hijo de nuestro santo Padre Ignacio, y como tal, hizo un gran sermón discurrendo en él desde el principio hasta el fin de las excelencias del Santo y de su religión; dando con esto un muy escogido remate á los diez sermones que en entrambas festividades hubo, y á la tarde se dió fin á la fiesta con un breve coloquio de nuestro santo Patriarca, que por ser muy ingenioso y devoto echó la clave á todo lo

anterior; y no debo dejar de decir aquí que este mismo aparato y grandeza de fiestas, remedaron, á su modo, todas las demás ciudades y lugares de esta Nueva España, acudiendo los Ilustrísimos Prelados, Gobernadores y Corregidores de ellas con tanto gusto y afecto, que habiendo dejado en mucha obligación á nuestra Compañía, ella no faltó á su debido reconocimiento.

Y para que no faltasen en estas fiestas (que en México se hicieron) señales del cielo, en aprobación de ellas diremos algunas cosas maravillosas que en este tiempo sucedieron. La primera, que siendo en esta ciudad ordinariamente tiempo de sus mayores lluvias, con todo, los días de las fiestas fueron todos tan serenos y agradables, que causaban admiración y reparo á los que los gozaban y veían. Pero mayor aplauso causó, que con la firma ó invocación de nuestro santo Padre, y en menos tiempo que el de un mes obró Nuestro Señor otras no pocas obras maravillosas, para gloria de su Santo; una de las cuales fué: que padeciendo una mujer un zaratán en el pecho, tan crecido como un puño y á peligro de perder la vida, invocando el favor del santo Patriarca Ignacio para con Nuestro Señor, dentro de tres días se le deshizo y quedó buena y sana. Otra, preñada, tenía la criatura muerta en el cuerpo, y estando desahuciada de los médicos, besando una firma que por reliquia se guardaba del Santo, al punto arrojó la criatura casi corrompida, quedando sana y salva la madre. Otra señora tenía la criatura atravesada en el cuerpo, la cual, invocando la ayuda del Santo, al punto la echó de sí quedando ambos sin lesión alguna; y siendo así que la madre se llama Agustina y haber nacido el hijo día de San Agustín, con todo, le puso por nombre Ignacio, á devoción de nuestro santo Padre, como quien reconocía el favor que por su intercesión había recibido; y más maravilloso es el caso siguiente: una señora principal de esta ciudad de México, mujer de un Caballero llamado D. Luis de Villegas, Alcalde ordinario de ella, volviendo de nuestra Iglesia de la Casa Profesa en una carroza para su casa, cayó en tierra por estar mal puesto un estribo, y con pasarle las ruedas por mitad del cuerpo y cabeza, invocando el nombre de nuestro santo Padre Ignacio (cosa maravillosa), no le hizo daño alguno con ir la carroza cargada de gente. El caballero D. Luis, marido de esta señora, que había sido colegial de San Ildefonso, era uno de los cuatro caballeros que arriba dijimos de la sortija, corriendo para ensayarse en orden á las fiestas en un furioso caballo, éste se desbocó, y con toda la furia que imaginarse pueda, dió con el caballero en la esquina de una pared, y pensando todos que quedaba muerto, él se levantó sano y salvo por los merecimientos de nuestro santo Padre, á quien él entonces invocó y en cuyo servicio se ocupaba. Todos estos casos maravillosos hallo referidos en buen original de una relación que se escribió por este tiempo y se guarda en el archivo de nuestra Provincia. Y á este modo, fueron las demás cosas maravillosas que Nuestro Señor obró en el discurso de aquestas fiestas, con que mostró haberse servido de ellas y haberle sido aceptas por ser en honra de su gran siervo Ignacio, que tanto le honró y glorificó en la tierra, y con que quedó dedicado el célebre templo de nuestra Casa Profesa de México, que para tanta gloria de Dios y frutos espirituales de las almas, en una tan populosa ciudad se había fabricado.